

NOMBRE DE LA AUTORA: Rosse Marie Caballero Vega



ESPECIALIDAD ARTÍSTICA: Poeta, narradora y columnista de prensa.

BIOGRAFÍA:

Rosse Marie Caballero Vega nació en Cochabamba – Bolivia, bajo el signo de sagitario de 1961. Estudió Idiomas en la UMSS y Letras y Comunicación en la Normal Católica, con postgrado en Lengua y Literatura en Madrid – España. Cursó la Maestría en Didáctica para la enseñanza de lenguas extranjeras, UMSS. Se desempeña como profesora del Estado boliviano.

Periodista invitada en el evento Téathre au féminin, en París, 1999. Columnista del diario Opinión.com.bo, desde 1998. Miembro de Escritores Unidos. Bolivia. Actualmente reside en Cochabamba y dirige el Taller de Creación Literaria “NERUDA”, de su iniciativa. Mediante este Taller, organiza anualmente el FESTIVAL DE POESIA JUVENIL, para estudiantes de la Secundaria.

Está casada con Dn. Guido Subieta Arredondo y Landa y es madre de dos hijos: Mauricio y Mónica Pereyra Caballero.

PROSA POÉTICA (dos poemas en prosa)

1

El olor de las guayabas en las tardes de verano se asemeja al perfume de tu sombra cuando caminas entre otras sombras. Una tarde clandestina, le robamos al recuerdo un breve instante y quedamos atrapados en el reflejo de nuestros ojos al mirarnos y decirnos “hasta pronto, uno de estos días te llamo”...

Ese olor no lo he olvidado. Tú pendías de la luna como un racimo de uvas jugosas y yo sin poderte alcanzar. ¿Acaso tú no habías percibido en aquel tiempo mi rubor? ¿Acaso fuimos muy solos cada uno en su camino para nuestros nombres no aprender?

El olor de las guayabas, el perfume de tu sombra... apenas imagino el sabor de aquellas uvas coloradas en tus labios, la belleza de tu cuerpo cuando suave desplazabas el balón con tus dos piernas y una gota de sudor resbalaba tus mejillas en la cancha de football.

Suavemente desplazabas los verdes campos, los vivos, las soleadas fiestas de domingo entre gritos y aplausos, y yo apenas adolescente que miraba con ternura desde duras graderías tu triunfar.

La belleza de tu cuerpo... el perfume de tu sombra, mas no he visto todavía la luz que habrá en tus ojos, cuando noche en solitario tal vez digas un poquito de lo que sientes por mí.

(Prosa poética, inédito)

2

Se busca una costra, la costra que cayó de mi piel, la costra que cayó de mi cuerpo, la costra que mi alma derramó, la costra que en forma de lágrimas cayó hasta tu sombra, esa costra que no pudo ser hallada, esa costra que derramé y busqué y la sigo buscando, ¿alguien podría por ventura tenerla? Tal vez, entre los ojos de alguien se perdió, entre los poros de alguna piel. Se busca desesperadamente una costra esencial, una costra astral, una costra no vanal, una costra concienzosa, mi costra fundamental, costra venal, costra letal, costra abismal, costra animal, costra otoñal, costra vegetal, mineral, costra vocal, costra salival, costra argumental, costra ocupacional, pasional, medicinal, costra funcional, lacrimonal, dental, endometral, opcional, integral, emocional, sideral, normal, esquimal, actual, monumental, longitudinal, ambiental, pequeña costra elemental.

(Prosa poética, inédito)

CUENTO: (envío tres cuentos)

CAFÉ CONCERT

Tal vez no baste con decir que lo vi apoyado sobre su mano pensativa, embutido en un traje de cuero negro: chamarra, pantalones, botas. Un cinturón también de cuero negro y sus espejuelos de intelectual. Allí, en un rincón del iluminado café de la high. Su mirada atravesó mi alma y me descubrió. Entonces iniciamos un juego sutilmente erótico de idas y venidas. Él me miraba y yo me escondía, yo le miraba y él me miraba, vestida con un cisne negro me escondía nuevamente de sus ojos. Ésos que se clavaban en los míos por apenas instantes, apenas segundos antes de que otros nos descubrieran in fraganti. Sentí las frías cerezas rojas resbalar por mis labios y su mirada ardiente. Pero, salí.

Salí de aquel fuego que me quemaba y corrí hasta el prado fresco bordeado de álamos cuajados de rocío. El verano estaba en su grado más húmedo. La lluvia caía y mojaba mis mejillas aún cálidas y enrojecidas. Entonces pensé que nunca lo volvería a ver. No sabía su nombre, ni su apellido, ni su número de teléfono. Si trabajaba o no, ni dónde vivía, o si era de aquí o de allá o de dónde. Su mirada se había quedado en mi piel y me entibiaba. No sentía frío, sólo un leve temblor.

Volví. Él todavía permanecía sentado junto a su pareja en la misma mesa. Anoté mi número de portable en un pedazo de papel y mientras pensaba cómo hacérselo llegar de incógnito, él descendió por la escalera y pasó junto a mí sin verme, pegado a la mujer que dentro de un abrigo de terciopelo negro semejava un durazno macabro. Se fueron. Todavía intenté pensar cómo hacerle llegar el papelito con mi número, pero me contuve. Lo vi alejarse y sospeché que lo perdería sin haberlo encontrado. Caminé un poco. Tomé un taxi y enderecé hacia donde ellos iban.

Nadie.

Estrujé el papelito y lo tiré al fondo de mi bolso. Allí donde terminan los sueños. Llegué a casa y transcribí la historia para que al menos este suspiro perdure en el tiempo.

(Del libro Enigmas de la esfinge y otros relatos, 2007)

Cuando desperté miré en derredor y me pregunté si un día cambiaría la situación.

Nací en un pueblo pequeño, allá en un lejano valle de Bolivia. Mamá era demasiado joven como para comprender su rol de madre en esta tierra. Papá estaba más o menos igual. A sus casi ochenta años papá se fue a descansar 'al frente'. Su mayor espera era "irse a descansar al frente", al cementerio de la zona donde ellos vivían.

Soy el mayor de nueve hermanos. Dos de ellos me anticiparon y se fueron al infinito, allá donde no se sabe cuándo o dónde empieza o acaba algo. Tuve cinco hijos; uno de ellos, el menor, también me anticipó, apenas después de nacido. Entre papá, mis hermanos y mi hijo, ya van cuatro a quienes enterré, sin contar a los abuelos materno y paterno, y a las abuelas materna y paterna, ¡ah!, y a mi suegra. Yo cuidé de ella hasta su muerte, desde el día en que me junté con su hija, y más, desde el día que a su hija le dio por irse del país a realizar quien sabe qué sueño.

Como les decía, desperté, aquella mañana de mi infancia, en el pueblo que me vio nacer, Madre me ordenó ir a buscar a la oveja que se había descarriado en la hoyada. Bajé. Busqué, "no vuelvas sin encontrarla", me dijo. Se acercaba la noche. Temblé. Madre era de esas mujeres gobernadoras del hogar, nada estaba bien hecho sin su consentimiento, Padre no opinaba, padre bebía.

En el pueblo que me vio nacer no había luz eléctrica, solo la luz titilante de las estrellas iluminaba el largo y empinado sendero que conducía a casa. Padre a esta hora estaría durmiendo y Madre esperándome apeada en la roca junto al viejo portón, con un látigo en la mano. Abuela solía sentarse en el día sobre esa piedra para observar con mirada detectivesca a quien osara transitar por su vereda.

De pronto, una zarza ardiendo en medio del sendero. Temblé de nuevo. Un hombrecillo delgado y avejentado, con la barba crecida se me apareció. ¿Quién eres?, le dije en lengua nativa, pi kanki, pi kankiri? Una mirada fulminante de odio se posó en mi individualidad y comprendí lo inevitable.

Cuando llegué a casa, oí desde el umbral de la puerta a Madre amenazar siempre que no cumplíamos sus mandatos, 'manachu oveja, lloqalla?' No madre, no hay la oveja. Temblando, me le acerqué buscando su abrigo. Ella reiteró la amenaza 'no me hagas renegar, lloqalla, ¿dónde está la oveja?' *Supayllata rikuni, mamay* (solo vi al demonio, mamá), insinué, pero ella no me prestó atención. No sirve para nada este *lloqalla*, repetía y se acostó furiosa, con la intención de madrugar en pos de la extraviada. Padre, naturalmente, dormía.

En mi naufragar por este mundo hostil e indiferente, tropecé con aventuras ciudadanas. Una mujer, dos mujeres, tres mujeres, se atravesaron en mi camino. Una desapareció sin rastro, la otra parió hijos e hijas, la otra también parió. Tres cruces clavadas en mi mente. Tres estrellas del sur. Tres dueñas de mi vida a su antojo. Ah, olvidaba a mi otra dueña, Madre, ella dueña del bien y del mal, me eligió esposa, eligió mi destino y eligió la manera de inutilizarme.

"No vuelvas si no la encuentras", me dijo cuando perdí mi bicicleta Hércules. No volví, el temor al garrote pudo más y me quedé en los brazos de una mujer madura, experta en las artes del amor. Me atrapó en su telaraña y me perdió. Digo me perdió porque en plena adolescencia aprendí que la vida era hostil y para divertirse había que beber. Bebía para olvidar, bebía para

recordar, bebía para celebrar y bebía para lamentar. Cuando Madre me encontró ya era tarde. ‘Te dije que esa mujer no te convenía’, me gritaba.

El tiempo de estudiar había pasado y tuve que comenzar a trabajar. Encontré mil oficios pero en ninguno permanecí. El magro salario no satisfacía a la mujer madura, y optó por buscar otros amantes. Madre me cobijó. Me buscó esposa, “pero no para que tengas tantas crías”, me decía. La esposa me abandonó. Llegó otra y también me abandonó, dejando a su madre, mi suegra, en su reemplazo: “Para cuidar a tus hijos”, se justificó. Cuando la suegra abandonó este mundo volví a quedar solo. “Aquel demonio que encontraste en el pueblo es signo de mala suerte”, decía Madre.

Entonces comenzó mi venganza. Madre tenía la culpa de mi destino y se tuvo que encargar de mí. Me alimentó, me bañó, me acicaló. Visto que Madre había perdido sus fuerzas de antaño, ya no era mi dueña, era mi esclava, y la enfrenté, la maltraté, la golpeé, le robé su dinero, la enfermé, la maté literalmente de rabia y sobresaltos. Madre murió.

Ahora, despierto, miro alrededor y me pregunto si un día cambiará mi situación.

(Del libro Los vagidos del gato, 2009)

FUNCIONARIO PÚBLICO EN FONDO GRIS

Te vi corriendo (por) las avenidas... ávido de llegar puntualmente a tu cita con los implacables relojes de tu oficina.

¿Sabes?

Implacables, intolerables, inalterables minutereros en los relojes marchitos por los años; corroídos y entumecidos minutereros activos a fuerza de baterías artificiales.

Te seguí.

Pasillos estrechos y polvorientos te esperaban, escondidos del sol y de la luna; largos pasillos sombríos, lengüetas de zapatos envejecidos, amenazas de jefes también envejecidos. No dijiste nada.

No me viste.

Apenas terminando de marcar tarjeta respiraste abandonado, pausadamente, inhalaste, exhalaste, tres veces, blandiendo el estómago. Fue una tarde agotadora, como tantas, como siempre, como toda tu vida entre máquinas antiguas de escribir, u ordenadores que regularmente no funcionan. Como tantas tardes y mañanas subiendo escaleras de piedra enceguecida, de piedra que no ve ni sufre las pisadas de mucho haberlas sentido. Tantas mañanas frías y tardes de salario reducido, de café en las esquinas y cigarrillos prestados.

Te vi, como antes, como siempre, como un triste suspiro de aire, encallado en la boca del tiempo.

(Del libro Los vagidos del gato, 2009)

ENLACES:

<http://www.ecdotica.com/2009/04/01/descifnado-enigmas-de-la-esfinge-de-rosse-marie-caballero/>

<http://www.ecdotica.com/2009/08/06/impresiones-de-un-lector-3/>

<http://lasletras.ning.com/profile/rossemariocaballero>

<http://www.opinion.com.bo/Portal.html?CodNot=79547&CodSec=15>